

María después de dar mil vueltas á la ropa, dijo:

— Ya V. comprende... su padre es quien me ayuda á vestirla por las mañanas antes de marcharse. Soy tan torpe para estas cosas... ¡vamos, que no acierto y esto me pone de un humor!...

La niña, cansada de estar en camisa, y asustada además al ver á un desconocido, procuraba escaparse.

— Tenga V. cuidado, que va á caerse, dijo Octavio.

Y así fué, pero María que quería cogerla, no se atrevía á tocar las carnes de su hija. La miraba siempre con el asombro de una virgen estupefacta de haber podido producir aquel sér. Además del temor de hacerla daño, experimentaba así como cierta repugnancia de tocar carne viva. Sin embargo, con ayuda de Octavio que la calmaba, logró levantar á la niña y vestirla.

— ¿Cómo se arreglará V. cuando tenga usted una docena? dijo Octavio riéndose.

— ¡Oh! no, exclamó la joven asustada, no tendremos más que ésta.

El joven su puso á bromear. ¡Quién era capaz de asegurar lo que ella aseguraba!

— No, no, repitió con firmeza la joven. Ya oyó V. á mi mamá el otro día. Ha prohi-

bido á Julio... y V. no la conoce, si mi marido la desobedeciera viviríamos en una guerra continua.

Octavio se divertía al ver la tranquilidad con que discutía aquel punto escabroso. Con este motivo la dió cuerda y continuó expresándose en el mismo sentido, sin apurarse. Por lo demás ella complacía en todo á su marido. Y no es que no le gustasen los niños, al contrario hubiera deseado tener más, y por su parte no se habría opuesto; pero á través de esta bondad, que se subordinaba á las órdenes maternas, se descubría la indiferencia de la mujer en cuya alma no se ha despertado aún el sentimiento de la maternidad. Su niña la ocupaba como los quehaceres de la casa: es decir, al cuidarla cumplía un deber y nada más. Después de lavar la vajilla y de pasear á la pequeñuela, á su Lili, como la llamaba, continuaba su antigua vida de soltera, vida de somnolencia, siempre mecida por la vaga esperanza de una alegría que nunca llegaba.

Habiéndole dicho Octavio que debía aburrirse de estar siempre sola, pareció sorprenderse: no, no se aburría, los días pasaban para ella sin sentir, al acostarse no podía ni siquiera darse cuenta de lo que había hecho. Además, alguno que otro domingo sa-

lia con su marido, iban sus padres á verla ó se entretenía leyendo. Si la lectura no la hubiera producido algunos dolores de cabeza leería día y noche; sobre todo desde que tenía carta blanca para leer.

—Lo que me aflige, añadió, es que en el gabinete de lectura del Pasaje Choiseul no tienen todos los libros que yo deseo. Por ejemplo, he pedido el *Andrés* de Jorge Sand para volver á leerlo, recordando lo mucho que me hizo llorar y precisamente se les ha perdido ese libro. Y lo que es mi padre no quiere prestármelo, porque dice que la niña le romperá las hojas.

—Creo que mi amigo Campardón tiene todas las obras de Jorge Sand... le pediré la novela que V. desea.

Maria se ruborizó. Su vecino era en extremo amable. Cuando la dejó, permaneció delante de su hija con los brazos caídos, la mente sin ideas, en la actitud que solía conservar tardes enteras. Odiaba la costura y hacia crochet, siempre la misma labor, que rodaba por los muebles.

Al día siguiente, que fué domingo, Octavio la llevó el libro ofrecido. Pichon había tenido que salir á dejar una tarjeta en casa de uno de sus jefes, y como la encontró vestida de calle la preguntó si volvía de misa,

juzgándola devota. Ella le contestó que hacía más de un año que no había pisado la iglesia. Antes de casarse, su madre la llevaba con regularidad á misa. Durante los seis primeros meses de su matrimonio continuó yendo por costumbre; pero se apuraba mucho, temiendo llegar tarde. Sucedióle esto algunas veces, y desde entonces, sin saber por qué, había dejado de ir. Su marido odiaba á los curas y su madre no la decía nada sobre el particular. Sin embargo, la pregunta de Octavio la preocupó algo.

—Uno de estos días, añadió, tendré que ir á San Roque. ¡En cuanto pierde una la costumbre de hacer algo, queda un vacío!

Y en aquel pálido rostro de la hija tardía de un par de viejos, apareció el enfermizo deseo de una existencia, soñada mucho tiempo hacía, en el país de las ilusiones. La pobre no podía ocultar sus impresiones, todas le salían al rostro, bajo su piel de una finura y una transparencia cloróticas. Después, enterneciéndose, estrechó la mano de Octavio y con ingenua familiaridad:

—Cuanto agradezco á V., le dijo, que se haya acordado de traerme este libro, venga V. mañana á medio día, se lo devolveré y le confiaré el efecto que me haya producido.

UNIVERSIDAD NUEVO LEON
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE CIENCIAS Y LETRAS
"ALFONSO REYES"
Cada. 1025 MONTERREY, MEXICO

Al separarse de ella pensó Octavio que era una mujer original, y concluyó por interesarle. Desde luego pensó hablar á su marido para que la animase, no necesitaba más que eso. Precisamente al día siguiente salió de su cuarto al mismo tiempo que el empleado y fueron juntos hasta la tienda del joven, charla que te charla.

De esta conversación sacó en limpio que el marido era menos listo que la mujer y que estaba lleno de manías, siendo la principal de sus preocupaciones no mancharse de barro las botas en los días de lluvia. Andaba de puntillas y no sabía hablar más que del segundo jefe de su oficina. Octavio, que al hablarle se hallaba animado de las mejores intenciones, acabó por dejarle en la calle de Saint Honoré, después de aconsejarle que llevara á su esposa á menudo al teatro.

—¿Por qué? le preguntó.

—¡Por que es bueno para las mujeres, eso las despierta!

—¿Cree V.?

Y después de ofrecerle que lo pensaría, atravesó la calle observando los coches con terror, porque, como hemos dicho, su única preocupación era no coger cazcarrias.

A la hora de almorzar entró Octavio en casa de su vecina á recoger el libro y la halló

leyendo, con los codos sobre la mesa y las manos entre los cabellos. Acababa de comer, sin haber puesto mantel, un huevo frito en un plato de peltre, que aparecía sucio cerca del libro y al lado del tenedor y del cuchillo. La niña, olvidada, dormía en el suelo sobre los restos de un plato que había roto.

—¿Qué tal? preguntó Octavio.

María no contestó en el acto. Estaba aún con el peinador que se había puesto por la mañana, y como lo tenía desabrochado, dejaba ver su hermoso cuello. Todo su aspecto era el de una mujer que acaba de dejar el lecho.

—No he leído más que unas cien páginas, dijo al fin. Ayer estuvieron mis padres y no me fué posible...

Interrumpiéndose y poniendo una cara muy afligida, habló de que cuando era joven hubiera querido vivir en un bosque, añadiendo que soñaba siempre su encuentro con un cazador que tocaba el cuerno, que se acercaba á ella y se postraba á sus piés. Esto pasaba en el campo, junto á un rosal. Y luego de repente se casaban los dos y pasaban el tiempo paseándose día y noche. Ella, en extremo feliz, no deseaba nada más. Él, con una ternura y sumisión de esclavo, se postraba á sus piés.

—Esta mañana he hablado á su marido de V., dijo Octavio, y le he inclinado á llevarla á V. al teatro.

Al oírle movió la cabeza con estremecimiento nervioso. Hubo una pausa. El comedor en donde estaba le pareció estrecho y triste. El recuerdo del rostro de su marido, vulgar y correcto, oscureció la bella figura del cazador de sus ensueños, cuyo cuerno de caza resonaba siempre en su oído. Tanto era así, que á veces parecía escuchar: acaso el sueño iba á realizarse. Su marido no había cogido jamás en sus manos sus lindos piés para besarlos, jamás se había arrodillado ante ella para decirla que la adoraba. Con todo le quería; pero extrañaba que el amor no la ofreciera mayores dulzuras que las que disfrutaba.

—Lo que más me conmueve, dijo ella, refiriéndose al libro, son los pasajes de las novelas en que los personajes se hacen declaraciones.

Octavio se sentó y se puso á bromear, porque no le agradaba el sentimentalismo. Pero ella no comprendió su juego. Entonces él, para señalar el libro rozó su mano con la suya, se inclinó para leer unas líneas, acercándose tanto que su aliento calentaba el hombro de Maria, descubierto, porque el

peinador desabrochado se le caía, y al ver que permanecía impassible se levantó, poseído á la vez de un sentimiento de desprecio y de lástima.

Al alejarse le dijo Maria:

—Leo muy despacio y no acabaré el libro hasta mañana... ¡Oh! Pero lo que es mañana será gracioso. Venga V. por la noche.

Aunque el joven no tenía respecto de ella ningún proyecto le sublevaba su carácter. Y sin embargo experimentaba algún afecto hacia aquel matrimonio, que le exasperaba por su idiotismo. Este efecto le hizo concebir la idea de prestarles un servicio á pesar suyo: pensaba convidarlos á comer, emborracharlos, y procurar que se animasen. Cuando estos accesos de bondad le asaltaban, él que era incapaz de prestar diez francos, gozaba con la perspectiva de tirar el dinero por la ventana, á fin de proporcionar un poco de calor á aquellos dos seres que vivían entre hielo.

Por lo demás, la frialdad de Mad. Pichon recordaba á Octavio á la ardiente Valeria. Ésta si que no se dejaría dos veces caldear el cuello con el aliento de un galán. El joven ganaba terreno: un día que ella subía la escalera delante de él se arriesgó á echar un piropo á su pantorrilla y no lo tomó á mal.

Al fin y al cabo se presentó la ocasión tanto tiempo deseada, precisamente la noche que María le arrancó la promesa de que iría á saber el efecto que le había producido la novela. Su esposo no regresaría hasta las doce; pero Octavio prefirió privarse de aquel placer literario. Salió de casa y volvía á casa de las diez cuando encontró en el tramo del piso principal á la criada de Valeria, toda asustada, que le dijo:

—Mi señora tiene un ataque de nervios, el señor no está en casa y los demás parientes se han ido al teatro... ¡Venga V., por favor...! Estoy sola y no sé qué hacer.

Valeria estaba tendida en una butaca de su cuarto, con los miembros rígidos y el rostro convulso. La criada la había aflojado la ropa y su pecho aparecía trás el abierto corsé. La crisis cedió en seguida. Valeria abrió los ojos, se asombró al ver á Octavio, y como si estuviera delante de un médico, sin inmutarse, se vistió con la mayor calma del mundo.

—Dispense V., caballero, murmuró con voz ahogada. Le ha molestado á V. la criada; pero no tiene nada de extraño, ayer entró á mi servicio, no está acostumbrada á presenciar estos ataques y por lo visto ha perdido la cabeza.

La tranquilidad con que arregló sus vestidos molestó á Octavio; pero permaneció de pié, prometiéndose no marcharse como había entrado, aun cuando no se atrevía á sentarse. Valeria mandó á la criada que se fuese, porque su presencia la molestaba, y agarrándose á los muebles fué hasta un balcón que estaba abierto, para aspirar el aire y disimular los bostezos nerviosos que se escapaban por su boca.

Después de un rato de silencio conversaron los dos. Padecía aquello desde la edad de catorce años, el doctor Juillerat estaba ya cansado de propinarle remedios. Tan pronto sentía dolores en los brazos como en los riñones. Con nada hallaba alivio, y convencida de que en el mundo había que sufrir, lo mismo daba aquella enfermedad que cualquiera otra. Mientras que hablaba, Octavio se excitaba mirándola, en el desorden en que estaba la hallaba incitante, con su color plomizo y su rostro demacrado por la crisis que acababa de sufrir, como por toda una noche de amor. Detrás de sus negros cabellos sueltos creía ver la cara barbilampiña de su marido, y entonces, exaltado bruscamente, extendiendo las manos y acompañando á su acción la expresión brutal de la pasión quiso apoderarse de ella,

como lo hubiera hecho con una mujer de mala vida.

—¿Qué significa esto? exclamó Valeria sorprendida.

A su vez le miraba con los ojos tan fríos, con tal tranquilidad, que el joven se sintió helado y dejó caer las manos con torpeza y como comprendiendo la ridiculez de su actitud. Después, ahogando otro bostezo, dijo:

—¡Ay! ¡querido vecino, si V. supiera!

Y se encogió de hombros sin enfadarse, como anonadada bajo el desprecio y la laxitud que le inspiraba el hombre. Octavio creyó que iba á mandar que le echasen á la calle al verla dirigirse á coger el cordón de una campanilla, arrastrando sus faldas mal sujetas; pero no fué así, deseaba té y pidió que se lo trajeran, muy ligero y sobre todo muy caliente. Entonces Octavio desconcertado, balbuceó algunas excusas y se fué, al mismo tiempo que ella se recostó de nuevo en la butaca como poseída de la necesidad de dormir.

En la escalera se detenía Octavio en cada tramo. ¿No le gustaba á Valeria el amor? Acababa de verla indiferente, sin deseo y sin incomodidad; se parecía en lo difícil de su conquista á la bella Mad. Hedouin.

¿Por qué Campardon pretendía que estaba histérica? Le había engañado contándole todas aquellas historias, y se decía que sin las indicaciones del arquitecto jamás habría arrostrado un ridículo como el que había caído sobre él. Estaba como aturdido y trastornado sin dejar de pensar en los chismes y cuentos de que eran objeto Valeria y su marido. La frase de Troublot sonó de nuevo en sus oídos: con efecto, no había medio de saber á qué atenerse tratándose de mujeres de ojos encandilados.

Al llegar al piso cuarto, incomodado Octavio con las mujeres, anduvo de puntillas; pero fué inútil, la puerta de los Pichon se abrió y tuvo que resignarse. María le esperaba de pié en el comedor mal alumbrado por una raquitica lámpara. Para cuidar de su hija, que dormía, había acercado su cunita á la mesa. Sin duda alguna, el cubierto del almuerzo había servido para la comida, porque el libro cerrado se hallaba al lado de un plato sucio en el que había aún algunas hojas de rábanos.

—¿Ha terminado V. la lectura? preguntó Octavio asombrado del silencio de la joven.

María estaba extasiada, como si acabara de despertarse de un largo sueño.

—Sí, sí, dijo haciendo un esfuerzo. ¡Oh! ¡he pasado un día!... no he cesado de leer. Cuando una se interesa por un libro, no sabe cómo dejarlo... Así es que hasta me duele el cuello de haber tenido la cabeza baja.

Tan emocionada estaba, tales ilusiones había despertado en su mente la lectura, que no supo decir más acerca de la novela. En sus oídos resonaba el cuerno de caza del caballero de sus amores ideales. Después, sin transición, dijo que por la mañana había ido á misa á San Roque, y que había llorado mucho porque no había nada más hermoso que la religión.

—¡Me encuentro mejor, mucho mejor! dijo lanzando un profundo suspiro y mirando fijamente á Octavio.

Hubo un momento de silencio. Maria le sonreía con sus ojos cándidos. Jamás pareció á Octavio más inepta. Sin embargo, continuaba mirándole, y poco después se puso pálida, vaciló y estuvo á punto de caerse. El joven tuvo que sostenerla.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! balbuceó sollozando.

Octavio la sostenía para que no se cayera.

—Debería V. tomar un poco de tila, la

dijo; ha leído V. demasiado y se le va la cabeza.

—Sí... en efecto, no sé lo que me ha pasado al verme sola al cerrar el libro. ¡Qué bueno es V., M. Mouret! Si V. no hubiera estado aquí me caigo redonda.

El joven agradecía aquellas muestras de reconocimiento, pero buscaba una silla para depositarla.

—¿Quiere V. que eche fuego? dijo ella.

—No, se ensuciaría V. las manos, y sé que no le gusta porque he notado que casi siempre lleva V. guantes.

Esta observación la emocionó de nuevo, se puso pálida, luego se encendió su rostro, en el deliquio en que se hallaba hizo un movimiento nervioso del que resultó un beso al aire, pero casualmente los labios de la joven rozaron una oreja de Octavio.

Aquel inesperado beso le llenó de estupor; los labios de Maria estaban helados. La lectura había trastornado su cerebro, estaba henchida de una emoción que no acertaba á desahogar, y rendida de aquella lucha de sus débiles nervios, se dejó caer sobre el pecho de su vecino. Éste, dominado por un brusco deseo, quiso llevársela al próximo dormitorio. Pero este movimiento reveló á Maria el peligro que la amenazaba, el ins-

tinto de la mujer á quien se impone la violencia la sublevó, y llamó en su auxilio á su madre, olvidando á su hija que dormía á su lado y á su marido que debía llegar de un momento á otro.

—¡No, eso no! decía... ¡Mamá lo ha prohibido!

Y él enardecido, murmuraba en voz baja.

—¡No lo sabrá... no se lo diré á nadie!

—¡Oh! no por Dios, Octavio... Va V. á destruir la dicha que he tenido al conocerle. ¡Lo que V. quiere es inútil, y yo acariciaba unos sueños!...

Octavio que quería vengarse de la frialdad de Valeria, no habló más, pero pensó que no debía dejar escapar aquella ocasión. Viendo que la joyen se resistía á ir al dormitorio, la tendió brutalmente sobre la mesa, al fin se resignó, y el audaz provinciano la poseyó entre el plato sucio y la novela de Jorge Sand que cayó al suelo. Ni siquiera se habían cuidado de cerrar la puerta de la majestuosa y solemne escalera de la casa. La niña continuaba durmiendo tranquilamente en la cuna, cuyo borde tocaba el suelto y despeinado cabello de su madre.

Cuando María se levantó, toda desarreglada, ni él ni ella acertaron á decirse una frase. Ella se acercó maquinalmente á la cuna

de su hija, y luégo quitó el plato de la mesa. Él permanecía silencioso, disgustado, pesadoso: recordaba que se había propuesto lograr que marido y mujer se abrazasen en su presencia. Al fin comprendiendo que debía decir algo, murmuró.

—¿No había V. cerrado la puerta?

María después de mirar hacia la escalera:

—Es verdad, balbuceó, está abierta.

La situación de los dos era difícil. Ella estaba como atontada, y él pensaba que su conquista tratándose de una mujer estúpida y sin defensa, no valía la pena. Ni siquiera había experimentado aquella desdichada la menor emoción de placer.

—¡Calle! ¡se ha caído el libro! dijo María cogiéndole.

Una de las puntas se había roto al caer, y esto les dió pretexto para acercarse el uno al otro y hablar. María se mostró afligidísima.

—No ha sido por culpa mía, dijo... Ya ve V., yo lo cuidaba... hasta lo había forrado con papel para que no se estropease... Se conoce que lo hemos empujado sin querer.

—¿Estaba ahí? dijo Octavio... No lo había notado. Por lo demás, poco me importa... Y eso que Campardon se preocupa en ex-

tremo de sus libros... ¿pero qué hemos de hacerle?

Los dos se pasaban la novela el uno al otro procurando componerlo, y sus manos se tocaban con este motivo pero sin experimentar sensación alguna. Al reflexionar en las consecuencias de su falta, les consternaba la desdicha que había acontecido á aquel hermoso libro de Jorge Sand.

—Todo esto debía acabar mal, dijo María deshaciéndose en llanto.

Octavio tuvo que consolarla. Inventaría cualquier fábula para explicar la rotura del libro, y por lo demás Campardon no le comería. Al tener que separarse, surgió de nuevo lo difícil y penoso de su situación. Hubieran querido al menos dirigirse una frase amable, pero el *tú* cariñoso, se ahogaba en su garganta. Por fortuna se oyeron pasos en la escalera: era el marido que subía. Octavio cogió su mano, y al estrecharla besó su boca. María se sometió á él de nuevo, pero sus labios estaban helados como antes.

Cuando sin hacer ruido llegó el joven á su cuarto, pensó al quitarse el gaban que tampoco á aquella mujer debía gustar el amor. ¿Entonces qué es lo quería? ¿Por qué había cedido á su brutal pasión de un

momento? Después de estas observaciones reflexionó que las mujeres eran bastante raras y caprichosas.

Al día siguiente después del almuerzo, contaba Octavio á los Campardon su torpeza al dejar caer el libro, cuando llegó María con su niña. Iba á pasearla por el jardín de las Tullerías, y bajaba á rogar á la señora del arquitecto que la confiase á Angela, para que las acompañase como de costumbre.

Sin turbarse sonrió á Octavio y miró con aire de candidez el libro roto que estaba sobre una silla.

—Ya lo creo que confiaré á V. mi hija, dijo Mad. Campardon... con mucho gusto... Pues no faltaba más. Angela ponte el sombrero... ¡Cuándo va con V. no tengo el menor cuidado!...

María, muy modesta, con un sencillo traje de lanilla oscura, habló de su marido que la noche anterior se había retirado á casa muy constipado, y del precio de la carne que subía hasta las nubes. Después salió con Angela, y todos se asomaron al balcón para verlas. María con sus manos provistas de los indispensables guantes, empujaba suavemente el cochecito de su pequeña, mientras que Angela sabiendo que la miraban iba á su lado con los ojos bajos.

—¡Cuidado que es buena señora! dijo Mad. Campardon, ¡y tan agradable... tan virtuosa!

Entonces el arquitecto dando un golpecito en el hombro á Octavio, exclamó:

—La educación en la familia, querido amigo, ¡no hay nada como eso!

V.

Aquella noche habia recepci3n y concierto en casa de los Duveyrier. Octavio á quien habían invitado, acababa de acicalarse á las diez. Mostrábase algo grave y experimentaba contra sí mismo una sorda irritaci3n. ¿Por qué se le había escapado de las manos Valeria, una mujer tan insinuante? ¿Y Bertta Josserand, no deberia haber reflexionado antes de rechazarla? En el momento en que acababa de ponerse la corbata blanca, el recuerdo de María Pichon le era insoportable. ¡Vivir cinco meses en París y no haber tenido más que aquella insignificante aventura! Era inconcebible, más aún, una vergüenza, porque comprendía lo vacío y lo inútil de aquellas relaciones. Así es, que al ponerse los guantes, se juraba no perder en lo sucesivo el tiempo como hasta entonces